
CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE

LA LIBERTAD DE COMERCIO

Y NECESIDAD DE SU PLANTEAMIENTO EN ESPAÑA,

POR

Don Antonio Alcalá Galiano.

SEÑORES :

Apartado durante largo tiempo de este sitio, donde he experimentado fuertes emociones de placer, donde he pasado días tan felices, donde tanto he gozado por espacio de bastantes años; vuelvo, en union con algunos compañeros, como suelen volver los ancianos, apoyado en el báculo de la vejez, á presentarme en él para abogar por un principio sano, útil y beneficioso; vengo á tratar un asunto diferente de los que hasta ahora he tratado; vengo á refrenar la imaginacion que, aunque deberia estar cascada por causa de mis años, todavía quiere volar y continuamente se me escapa mucho más de lo necesario; vengo á emplear un lenguaje, no precisamente científico, porque yo no soy hombre de ciencia, en el sentido concreto de la palabra, pero sí desnudo de todo artificio literario, y más didáctico que galano, y más preciso y enderezado á la razon que fluido y halagüeño para la fantasía. Vengo, señores, á hablaros de Economía política, de esa ciencia tan cultivada en Europa, y que ha adquirido ya bastantes enemigos, enemigos débiles, es verdad,

que poseídos de un grande entusiasmo moral, invocan según creen máximas ciertas, hablan de ella como de una ciencia grosera que sólo trata de la producción de la riqueza y no de su repartición. Si bien es verdad que no siempre se ocupa la Economía política en tratar de la repartición de la riqueza, también lo es que ha habido economistas que han tratado con especialidad de esta repartición, y por otra parte, el considerar la Economía política de este modo es un punto de vista grosero que, bajo la apariencia del bien general, esconde villanas pasiones y ruines ideas, condenadas ya por todos los hombres que sólo desean el bien y prosperidad de las naciones, sin tener en cuenta el interés particular de unos cuantos. (*Muy bien.*)

Dando pues por sentado que el estudio de la Economía política es útil, necesario y beneficioso para todos los pueblos en general, vamos, para nuestro particular intento, á ocuparnos en uno de sus ramos que más inmediatamente debe llamar nuestra atención, y es el facilitar el cambio de manera tal, que todas las naciones, así como los individuos de cada una de ellas, disfruten de sus ventajas que bajo el sistema protector sólo se concretan á unos pocos, pero que bajo el del libre-cambio se hacen extensivas á todos.

Las doctrinas del libre-cambio tienen, señores, una falta: la de ser triviales. Parece la cosa más sencilla del mundo, que es mejor comprar barato que caro (es un principio que parecería una Perogrullada), y sin embargo, los proteccionistas pretenden á toda costa convencernos de lo contrario, es decir, de que es mejor y más ventajoso comprar caro que barato.

No cabe duda alguna, como dijo muy bien Adán Smith, que el trabajo debe dividirse, porque de esta manera, dedicado el hombre á aquella parte de industria que le es más propia, logra ventajas mayores. Pero hé aquí que ante una cosa tan clara, tan convincente, tan indisputable, se levanta el partido proteccionista y exclama: «es verdad que el trabajo debe dividirse, pero únicamente cuando se trata de un pueblo ó de una provincia con otra; que si se trata de dos naciones diferentes, el negocio es ya distinto.» De manera, señores, que, según esta doctrina, parece que no es útil la división del trabajo desde el momento en que los trabajadores hablan diferente len-

gua. Era menester que los que así piensan, nos explicasen qué particular virtud encierran las fronteras de un país, para hacer falso y pernicioso el principio que es exacto y sano tratándose de los individuos de un solo pueblo. Hay más; supongamos que dos naciones están en guerra y que al cabo de algun tiempo estas dos naciones forman una sola. Antes de que esto sucediese los intereses de ambas naciones eran encontrados, no era posible entre ellas la division del trabajo, y despues cuando ya forman una sola nacion, estos intereses son unos mismos, y por lo tanto es conveniente la division del trabajo; es decir, que lo que no ha sido conveniente, cuando las naciones eran diferentes, llega á ser útil por la simple circunstancia de formar un solo cuerpo. Pongamos otro ejemplo. Si uno tuviese un campo pequeño que le produjese lino, y otro tuviese otro campo que le produjese trigo, lo más racional seria que el que tiene lino cultivase únicamente esta materia y le diese al otro una parte, y que el que tiene trigo se dedicase exclusivamente á su cultivo y diese una parte de él en cambio del lino que el otro le proporciona. Pero si el que posee el campo de lino le repartiese y dejase una pequeña parte para el cultivo del trigo, y el que tiene la tierra de pan llevar dejase otra pequeña parte para cultivar el lino, entonces la produccion se perjudicaria: y ¿por qué? Precisamente porque allí se tocaria el resultado de la proteccion que impide el libre-cambio de los productos, pues sólo en este caso es cuando el hombre se dedica á diferentes cultivos.

Pues bien: nosotros que somos triviales, porque somos libre-cambistas, porque profesamos una doctrina que no tiene sérios contradictores; nosotros que, por una conviccion profunda y por un no menos profundo sentimiento, abogamos por el libre-cambio, queremos que la division del trabajo se respete en todas partes, queremos que el comercio sea libre, que no se oponga obstáculo alguno á aquel que quiere vender sus productos. Sí, señores: esto es lo que queremos, porque lo dictan la razon y la justicia.

Pero se nos dice: «ese extranjero que trae las telas de su nacion y se lleva en cambio nuestro dinero, ese hombre que vuelve á su patria á gozar tranquilamente de lo nuestro, ese hombre debe ser objeto del aborrecimiento más vivo, debe-

mos impedirle con todas nuestras fuerzas que nos engañe y haga tantas ganancias.» Señores : lo mismo , enteramente lo mismo nos sucede con el carnicero y el sastre ; el carnicero, ese monstruo de horror, nos saca con mucha astucia el dinero y nos da en cambio lo que necesitamos para el sustento ; y el no menos insidioso sastre (*risas*) camina á enriquecerse tambien ; y ¿ lo veis ? hasta levanta casas con nuestro dinero, dejándonos en cambio un surtido completo de pantalones y levitas. (*Grandes aplausos.*) En todas partes, cuando vamos á comprar una cosa, corriendo de tienda en tienda, no pensamos en si el tendero es más ó menos amigo nuestro, no pensamos en si es liberal ó carlista, en si tiene ideas moderadas ó las tiene progresistas ; lo que queremos es *encontrar el mejor género, todo lo más barato posible* (*Bien, bien*) y se lo compramos á aquel que nos proporciona estas ventajas, aunque sea nuestro enemigo ó profese ideas contrarias á las nuestras. Sin embargo, tratándose de naciones pensamos de muy diferente manera ; decimos que los ingleses tienen malas intenciones, que sólo procuran engañarnos para enriquecerse ; que los franceses, á fuerza de astucia, quieren encajarnos sus sederías, y que los alemanes... ¡ Oh ! los alemanes son tambien unos pícaros, porque nos venden su quincalla y se llevan en cambio buenos pesos duros. (*Risas.*)

Las cosas consideradas sencillamente en sus principios presentan otro aspecto muy distinto de cuando se las considera en relacion con otro objeto ; y por eso se dice que no hay cosa peor que la lógica, pues tomando un principio lógico se camina al absurdo ; lo cual es verdad hasta cierto punto, pero no porque la lógica sea falsa, sino porque hay varios principios que caminan paralelos y yerra quien sigue uno de ellos, debiendo seguirlos todos. Esto puede aplicarse á las doctrinas del libre-cambio como á todas las que caminan paralelas, y es error comun seguir un principio, hasta sus consecuencias sin reparar en otros que á la par deben ser atendidos. Así, por ejemplo, puede haber razones políticas en una ocasion, desfavorables al libre-cambio ; pueden los fabricantes hacerse poderosos ; y entonces puede un principio bueno producir malos efectos ; puede llegar á haber disturbios, anarquías y hasta una guerra civil ; pero *no será porque el principio sea malo*, sino porque ciertas consideraciones im-

piden poner en práctica el principio. Hay intereses creados á los cuales es preciso guardar ciertas consideraciones, aunque no llegue á tanto su poder, que puedan crear un obstáculo para que el gobierno obre con entera libertad; lo cual prueba que el gobierno debe considerar la opinion pública, cuando trata de hacer una reforma en la nacion. Estas consideraciones no tienen nada que ver con la verdad del libre-cambio. Lo propio de un ministro de Hacienda es considerar bien las cosas en la teórica, para que los hombres que han de hacer las aplicaciones vayan haciéndolas conforme á los buenos principios de verdad y justicia. Las leyes, y sobre todo las leyes económicas, son tanto mejores cuanto más persuadido está de su bondad el pueblo á que se aplican.

Triste es decir que en España ha habido mucha ignorancia en este punto. Apenas se estudiaba la Economía política, y aún cuando la obra de Smith fué vertida al castellano poco tiempo despues de publicada, sin embargo, fuéron muy pocos los que se dedicaron á su estudio, imbuidos como estaban en la idea de que los extranjeros eran una calamidad para la riqueza de la nacion; y so pretexto de proteger esta riqueza, los nobles afectos que deben hervir en el pecho de todo ciudadano honrado eran movidos en odio contra los extraños.

Yo preguntaria á los proteccionistas, contra quién va dirigida la protección. Porque, señores, cuando uno es protegido, es muy natural que sepa de qué contrario, y sobre todo quién es el que sale realmente perjudicado con la protección. Yo sé, por ejemplo, que el techo de una habitacion cualquiera me protege del sol y del agua, así como la capa que llevo encima sirve para protegerme contra el frio. Pues bien, sepamos de quién ó contra quién se ejerce la llamada protección industrial. Se ejerce, señores, *no contra los extranjeros*, como se quiere suponer, *sino contra los consumidores*; y si bien es verdad que al que vende el producto protegido se le hace un beneficio, á mí que soy consumidor, se me perjudica notablemente, se me quita una parte de mi dinero que podria emplear en otra cosa. Quiero comprar pan barato, porque necesito comprarlo, porque mi capital no alcanza á comprarlo caro y se me dice: «no, no lo compres barato, no te conviene comprarlo barato, debes comprarlo caro, es con-

veniente que lo compres caro.» Y ¿por qué? pregunto yo. ¿Por qué me conviene comprar el pan caro? «Porque en este momento se está protegiendo la agricultura española en perjuicio de los extranjeros.» ¡Buen medio de proteccion, señores! ¡Se protege la agricultura española, es cierto, pero se protege, repito, no contra los extranjeros, sino contra *otros españoles* que son muchísimo más numerosos que los protegidos! ¡Se protege la agricultura española contra la verdadera mayoría de la nacion española! (*Bien, muy bien.*) Lo mismo que se dice del pan, puede decirse de una vara de percal. Yo tengo necesidad de comprar este percal barato, y sin embargo me lo venden caro. ¿Por qué? «Porque es menester proteger al español contra el inglés.» Pues qué, ¿soy yo inglés acaso? ¿no soy español y á pesar de serlo se me perjudica? No hay duda de que el mismo que me dice esto se quejaria si fuese protegido de la misma manera que lo soy yo, pero todo se salva diciendo que es una proteccion para la industria nacional. Acostumbrémonos, señores, acostumbrémonos, (porque es preciso aplicar el epíteto *nacional* á otras cosas que son nacionales tambien) acostumbrémonos á aplicarlo al consumo. ¿No es nacional el consumo? Pues si lo es, yo os digo, que la proteccion se verifica contra una cosa nacional. (*Aplausos.*)

Pero la proteccion no obra solamente contra el consumidor, sino tambien contra otras muchas personas. El que tiene vinos y aceites no puede temer la competencia directa al tiempo de venderlos; y nótese que estos artículos son nacionales, nada tienen de extranjeros, huelen á rancio español, y por cierto que el aceite bastante. (*Risas.*) Pues bien, señores, al cosechero se le dice: «puedes sacar de España tus productos, eso es muy bueno, es muy útil, los venderás muy bien.» Y las manufacturas, ¿pueden venir á España? «No, eso no, seria una calamidad para la industria.» Pero, ¿por qué no se me han de poder dar manufacturas? ¿pues no es un bien que saque este aceite y le venda fuera? «Sí, un bien es, y grande; pero esto de que entren géneros extranjeros es un mal.» ¿Para quién es este mal? ¿para el consumidor? ¿para el cosechero? No, señores, para el fabricante.

Esta es la teoría del libre-cambio en sus rudimentos; y ¿acaso esta teoría es funesta en la práctica? Podria serlo hace algunos años, cuando la experiencia no hubiese venido á demostrar,

que los buenos principios tienen siempre buenas consecuencias, y por más que se quiera variar su curso, volverán á ocupar el noble y elevado puesto que han conquistado. Durante mucho tiempo se estaba diciendo que un país rico, activo é industrial se guardaba muy bien de dejar libre entrada á los géneros extranjeros, aunque predominasen en él las ideas libre-cambistas. En Inglaterra había dos escuelas, una proteccionista y otra libre-cambista; la que primero dominó fué la proteccionista, que, merced á sus malas consecuencias y á los perjuicios que con ella se causaban á la nación, hizo que la otra empezase á hacer grandes conquistas en la opinion pública. También allí durante larguísimo tiempo fué muy mal mirada la Economía política, triunfaron las doctrinas prohibitivas, y se consideró el libre-cambio como un mal funestísimo para Inglaterra; pero llegó un momento en que hubo hambre, y esta vez el hambre fué muy buen consejero para la nación, pues movió á todos sus habitantes á aplicar el libre-cambio en el país donde precisamente parecía más difícil su planteamiento, porque allí la labranza no permite que se haga la producción sino á mucha costa. Así es que la libertad de comercio de cereales fué muy combatida por una poderosa aristocracia que sostenía que, bajo la ciega influencia de la libertad de importación de granos, se arruinarían los labradores ingleses. Desatendieron estas consideraciones, y la libertad se estableció. ¿Cuáles fueron sus resultados? La agricultura inglesa prosperó, como no podía menos de prosperar bajo el benéfico influjo de la libertad; la riqueza se aumentó considerablemente, y las clases pobres, esas clases que se hallaban rodeadas de miseria, bien pronto se vieron en una situación desahogada.

La libertad, pues, aplicada á cualquier ramo de industria, producirá entre nosotros, como entre todas las demás naciones, los mismos efectos.

Dicen empero algunos: «esta palabra libertad es altamente temible. ¡Cuán fácil es que la libertad degenere en licencia! Estos principios del libre-cambio que pretenden ser tan útiles, envuelven ciertos peligros, que no sólo existen en los puntos relativos al comercio, sino en otros mucho más graves. Mirad sino quiénes son los que aconsejan su utilidad, y vereis que todos son

cabezas calientes, jvenes sin experiencia, que á la sombra de la libertad comercial, quieren hacer triunfar principios de otra índole mucho más peligrosa.» Este es uno de los principales argumentos que presentan nuestros adversarios para seducir á personas medrosas y poco iniciadas en la verdadera utilidad del libre-cambio. La persona que tiene el honor de ocupar esta silla, va á probar que todo esto es falso, que no es más que una inocente venganza de nuestros enemigos.

Tened entendido, señores, que si nos damos la mano en este sitio, y defendemos con entusiasmo nuestras ideas, es porque un principio de justicia y utilidad nos une; y si en los que no se nos presentan claros existen ideas diversas, en todos los de utilidad general en que está interesado el bien comun, caminarémos siempre unidos, y pelearémos con valor bajo una misma bandera, bajo la bandera de la justicia, bajo la bandera de la libertad. (*Grandes aplausos.*) No teman, pues, ni aún los más medrosos: léjos de envolver los peligros que se les atribuye, las ideas del libre-cambio son altamente provechosas para la sociedad; sirven para evitar, ó cuando menos contribuir á evitar la revolucion. Señores, no hay mayor enemigo del hombre que la pobreza, y si algunas veces va acompañada de virtudes, la regla general es que le pervierta. No es verdad que el bien material no esté enlazado con el bien moral; y si nuestros principios contribuyen á disminuir la pobreza, es claro que contribuímos asimismo á apartar al hombre del crimen, desviándole del espinoso camino en que la miseria podria hacerle entrar.

Ahora se adopte el principio político de que todo debe hacerse para el pueblo y nada por el pueblo (idea bonapartista muy celebrada en sus tiempos), ahora se siente el contrario que es más útil que se haga todo por el pueblo, y todo para el pueblo, ahora se proclame la doctrina que sostiene que todo debe hacerse para el pueblo, y por la parte de él, que tiene más conocimiento del verdadero interés general, la verdad es que en estos tres principios debe haber un punto en que todos concurren, y es que el bien del pueblo debe ser un objeto constante de predileccion para los gobiernos. Si el pueblo es menor de edad y necesita tutela, su tutor debe ser un hombre honrado; si necesita curador, debe elegirse un hombre que se in-

terese por el bienestar del pueblo : si necesita un consejero, es menester que reuna las condiciones necesarias de ilustracion y honradez, y le guie por la verdadera senda de la virtud; y si el pueblo quiere gobernarse á sí mismo, es preciso que conozca sus verdaderos intereses, y adopte un plan de conducta en armonia con ellos. En todos estos casos, sólo debe tenerse en cuenta el interés general, y para conseguirlo, conviene predicar sanas doctrinas, y no los principios terribles del comunismo ni los del socialismo, que en sus varios ramos siempre pretende que el Estado sea el cobrador y repartidor de la riqueza pública. Los principios de esta naturaleza no pueden tener enemigo mayor que el libre-cambio.

En el año 1848 en que, á consecuencia de grandes acontecimientos políticos, se hallaba conmovida toda la Europa, en que se caian los gobiernos absolutos de Austria y de Prusia, en que hervian fuertes pasiones en Francia é Italia, tranquila Inglaterra descansaba en su apacible lecho de libertad, aunque con algun peligro, y preguntando algunos : «aquí que hay tanta libertad, aquí donde todas las instituciones son libres ¿no hay nada que temer? ¿no hay que temer que esas instituciones se desplomen y causen la ruina de toda la nacion?» No, respondieron los buenos patricios ingleses : nosotros no tememos esos desastres, porque nuestra nacion sabe bastante Economía política para aplicar sus leyes con acierto á todas las necesidades; y eso que, en medio de su grandeza y de su creciente prosperidad, hay aquí todavía un pueblo bastante pobre al lado de muchos ricos. Pero esta desigualdad de condiciones se hermana con la igualdad ante la ley, y el conocimiento de estos principios fué lo que salvó á Inglaterra de la gran catástrofe que amenazó á casi todos los pueblos de Europa. ¡Ay de Inglaterra si Roberto Peel no hubiese abierto libremente todos sus puertos para la introduccion de granos extranjeros y proclamado el gran principio de la libertad de comercio ! Esta libertad no era una cosa aérea, no consistia en la concesion de derechos políticos más ó menos latos, sino que era una cosa práctica y su aplicacion no causó ninguno de esos inconvenientes que los proteccionistas le atribuyen; al contrario, la libertad de comercio produjo ventajas inmensas. Hé aquí otro de los grandes beneficios que lleva consi-

go el libre-cambio: el dar una buena inteligencia á la palabra libertad, comprendiendo bien su significado! ¡Libertad! Señores, todos los hombres debemos mirar con entusiasmo, con profundo respeto esta palabra, porque es una palabra santa y hermosa. Dios dotó al hombre de la facultad de tener libre albedrío, y ante esta facultad el hombre se engrandece, y se engrandece porque Dios se la ha dado y lo que da Dios, nunca dejará de ser justo, de ser beneficioso, de ser santo y sagrado. (*Aplausos.*)

Si bien la libertad política es interpretada de diferente modo, segun las opiniones particulares de cada uno, si bien no puede darse de ella una definicion en abstracto, sin embargo, la palabra en sí encierra mucho mérito y es engendradora de pables afectos y de altos pensamientos. Para saber si la libertad tiene ó no inconvenientes, póngase en una piedra de toque, ensáyese, y se verán las ventajas que nos proporciona; aplicada á la idea de no poner trabas á la industria del hombre, sino dejarle que trabaje como crea más conveniente y bajo su responsabilidad. Entonces la libertad no puede; es imposible que pueda producir malos resultados. Esta es entre otras muchas, una de las cosas que recomienda con especialidad la doctrina que vamos á promulgar en este sitio. No se trata de ideas quiméricas, por más que así lo quieran suponer algunos. No, pueblo de consumidores; ojalá estuvierais todos delante, ojalá tuviera yo á mi lado á ese número tan considerable de consumidores perjudicados con el vicioso sistema de la proteccion. Se trata de llevar la luz á vuestros ojos eclipsados por el velo de las tinieblas, se os va á poner velas encendidas, donde hasta ahora no habeis hallado más que oscuridad, se van á iluminar esas negras sombras que os rodean, para que veais clara la verdad y juzgueis á la luz del dia de la bondad de nuestros principios, (*bien, muy bien*); se os va á manifestar cuáles son vuestros verdaderos intereses, destruyendo las preocupaciones que os envuelven, y de este modo la verdad ocupará el lugar que le corresponde. Dejad de pensar de hoy más en nacionales y extranjeros, amad vuestra patria que es lo único que os interesa, separad de vuestra mente esta cuestion de nacionalidad; y si no las separais, considerad si el bien de vuestra patria no está en la

vida de la nacion vecina , si el espíritu de patriotismo está acaso reñido con el de la amistad , si el hombre que vive con tranquilidad cerca de su vecino es un sér abominable , y considerada por último que el bien y prosperidad de vuestra patria está enlazado con el bien y prosperidad de las naciones extranjeras. (*Repetidos aplausos.*)

Señores , los que han de seguirme en este lugar , casi todos jóvenes ilustrados , con la sola excepcion de un personaje que ha ocupado una silla ministerial y que , al par que hombre de ciencia es hombre de negocios; los que han de seguirme , repito , en estas reuniones , entrarán en explicaciones más extensas que yo sobre el mismo asunto de la libertad de comercio. Ellos irán uno por uno , instruyéndoos en todos los secretos de la ciencia económica , que tambien han cultivado más que yo ; ellos os irán explicando sus verdaderos principios y al mismo tiempo irán abatiendo uno por uno los altos castillos en que se atrincheran los proteccionistas ; ellos irán poco á poco manifestando las partes flacas del sistema que combatimos y las partes fuertes de aquel porque abogamos. Pero desde luego puedo asegurar que si atendeis á estas lecciones , no quedará ningun género de duda en punto á lo que en nuestros principios parece cuestionable ; aunque á decir verdad , nuestros adversarios son tan flacos en razones , presentan tan débiles argumentos , que no puede comprenderse cómo su sistema domina en estos tiempos de grandes adelantamientos , sino por aquella inclinacion que tiene el hombre de bien á tener apego aun á las mismas sabandijas que le comen , resistiéndose á limpiarse y á peinarse. (*Risas.*) Nuestras lecciones , digo , llevarán á vuestra imaginacion una conviccion completa de nuestros principios ; y cuidado , señores , que esto es muy necesario , pues las reformas , si no van acompañadas y más bien precedidas por un convencimiento general , suelen fracasar al instante mismo de haberlas planteado. Triste cosa es una reforma anticipada ; por muy buena que sea , siempre amenaza peligro ; pero esto no sucederá entre nosotros. No pasará mucho tiempo sin que tengan todos un convencimiento profundo de la utilidad de nuestros principios. El gremio de los defensores del libre tráfico contra el proteccionismo , pequeño en sus principios , va siendo ya muy considerable : corto en fuerzas ya no lo es ,

se ha hecho un gigante robusto; débil, no lo es más que lo era el célebre Cobden al tiempo de empezar su cruzada; infatigable lo es; entusiasmo tiene todo el que se necesita para seguir adelante en su camino. Lleva además la ventaja de que no aboga por sí. No quiero yo decir con esto que el hombre abogando por sí, no abogue por la razón y por la justicia; pero al cabo siempre es de notar que al oír tan buenas razones en boca de una persona cualquiera, preguntais: «¿quién es ese que habla?» Un fabricante de sombreros. «Y ¿ese otro?» Ese es otro fabricante que con más ardid y maña que el de sombreros, no quiere hablar de lo que fabrica, habla de otra cosa, para que no se le conozcan sus intenciones. «Pues ¿y aquel otro que hace tantos gestos y está tan acalorado?» Aquel es un fabricante de lienzos. «Y ¿qué dice? ¿por qué causa aboga?» Por la protección de la agricultura. «¡De la agricultura! Pues ¿qué interés...?» ¿Qué interés, señores, qué interés? El mismo interés que tenían los personajes de cierta comedia: pásame los trigos que yo te pasaré los lienzos y los algodones. (*Risas y grandes aplausos.*)

Este otro á quien oís hablar con tanto celo, no está interesado en que se le proteja tal ó cual artículo; ¿pues qué quiere? El no tiene industria alguna, pero es un buen español lleno de celo y patriotismo y pretende que los extranjeros no vengan á nuestro país á llevarse nuestros productos, á *saquearnos*, señores. Esta es la palabra que se usa, sin advertir que el que saquea no suele dejar rastro ni señal del botín que se lleva, cuando el extranjero tiene forzosamente que dejarnos grandes valores en cambio de los que exporta.

Sucede con el proteccionismo lo mismo que con las epidemias. Se declara una epidemia en un pueblo y algunos que pretenden asegurar que las epidemias no son contagiosas, dicen: «este pueblo estaba sano, Fulano fué el primer acometido del mal, pero este hombre no ha tratado con nadie que pudiera habérselo comunicado;» mas si se fuese indagando la causa de todo, se vería que había existido comunicación. Así, señores, los proteccionistas desinteresados á quienes me refiero, han tenido malos maestros que los han descaminado haciéndoles invocar unos intereses que no son suyos, sino de los mismos que se los han hecho invocar.

Pero, dicen los proteccionistas : «Nosotros somos tan libre-cambistas como vosotros , deseamos tambien la felicidad de nuestra patria ; pero no ha llegado todavía el tiempo de poner en planta vuestro sistema : nosotros trabajamos en tal ó cual cosa , no pedimos más sino que sigáis comprándonos nuestros artículos durante algunos años al precio que nos acomode ; pero cuando llegue el día de que los podamos vender tan baratos como el extranjero , entonces podrán entrar libremente.» ¡ Bonito argumento , señores ! Me estoy muriendo de sed y no me quereis alargar un vaso de agua que me dará la vida , y cuando ya no tengo necesidad de él , me decís : «toma, ahí tienes agua, hártate.»

Hay, sin embargo, otra consideracion que hacer : con el giro que de día en día van tomando las cosas de este mundo , es preciso que nos preparemos á recibir los adelantos que la naturaleza nos envia . Porque, ¿ no estamos fabricando caminos de hierro por donde se camina con una velocidad pasmosa ? ¿ No tenemos los alambres eléctricos que nos comunican instantáneamente las noticias ? Pues bien ; todas estas novedades nos manifiestan que la sociedad marcha adelante sin que nadie sea capaz de detenerla ; las distancias se borran y desaparecen , y las fronteras de todos los países se abrirán con una fuerza tan considerable , que ya no será posible volverlas á cerrar . ¿ Y se cree que pueda subsistir esa fuerte barrera levantada por unos pocos con grave perjuicio de muchos ? No , no puede ser ; resignense los proteccionistas y esperen tranquilamente el plazo para ellos fatal que les ha de llegar algun día ; no crean que sus perniciosas doctrinas han de imperar eternamente ; para ello sería menester que la sociedad se detuviese , y no es fácil que la sociedad se detenga ; que la naturaleza caminase por distinto rumbo del que ha tomado , y no es fácil que la naturaleza varíe de rumbo ; que el espíritu que caracteriza el anhelo de progreso en la humanidad retrocediese , y es imposible que este espíritu retroceda . No : nada de esto es fácil , nada de esto es posible , así como tampoco es fácil y posible que lo que cae hácia abajo , tome de pronto otra direccion y se dirija hácia arriba . (*Estrepitosos aplausos.*)

Pues bien , señores , si el mundo se prepara á recibir con entusiasmo estos principios , si perfeccionándose ahora llega á co-

nocer sus verdaderos intereses, es preciso también que desaparezcan ciertas instituciones creadas para favorecer las ideas proteccionistas. Confieso que no soy enemigo de las contribuciones indirectas, pero si estas contribuciones tienen que desaparecer, entonces las aduanas que son indispensables cuando se trata de cobrar únicamente derechos para el fisco, también desaparecerán en el concepto de no poner trabas á las comunicaciones entre los pueblos. Hoy mismo es tal el interés que tiene el hombre en comunicarse con sus semejantes, que lo hace aún á riesgo del azote de las epidemias, y ¿habrá de conservarse el orden de cosas existente por el bien de unos pocos fabricantes y con grave perjuicio de muchos que no lo son? ¿Habrá de tolerarse que subsista por mucho tiempo esto de poner trabas á las comunicaciones de los hombres con los hombres y de los pueblos con los pueblos, despues de haber brillado la aurora de la paz en todos los países? ¿No se ve que si tenemos encima este nublado no es más que una cosa pasajera, que con el exceso del mal nacerá el exceso del remedio, que con las alternativas que tienen las cosas de este mundo, el instinto que nos llevaba á las guerras nos ha de conducir á la eterna paz, y que entonces llegará la época en que las naciones conozcan que lo que es provechoso para una es también provechoso para otra? Viva-mos en paz y armonía con nuestros vecinos y no vecinos, sin hacer caso de esos principios que establecen que son antagonistas los intereses de los pueblos. Pues qué: las naciones que se consideran como un cuerpo, y como un cuerpo tan real como los cuerpos mismos ¿no deben tener entre sí las mismas relaciones que tienen los hombres? Cuando se van comunicando los productos literarios ¿se habrá de impedir que se comuniquen los demás productos? Esto no puede durar así mucho tiempo; la sociedad entera clama por una reforma radical, y esta reforma se hará. En vano intentarán oponerse los proteccionistas, sus clamores serán ahogados por la voz del pueblo, que convencido de la utilidad de nuestros principios, dará el último adios á las rancias ideas protectoras.

Me he contentado, señores, con enunciar ideas generales, con ver cuáles son las prácticas adonde se encamina la tésis que he tomado; otros me seguirán con mucho más acierto en estas cues-

tiones económicas, y os convencerán más y más de la bondad de nuestro sistema. De todos modos, de aquí no puede menos de nacer un gran elemento de vida para lo porvenir; porque las semillas que arrojemos en este lugar, por fuerza habrán de producir buenos frutos. Una consideración más me alienta á creerlo así. Ha habido quien ha tratado de impedir que estas lecciones que ningún peligro envuelven, y que de ninguna manera pueden encerrar ó excitar malas pasiones, ha habido, repito, quien ha tratado de impedir que fuesen pronunciadas. Los mismos que creían que estábamos muertos se han convencido de lo contrario al vernos llenos de vida, y han tratado de ahogarnos para después decir que habíamos muerto de muerte natural. Se dijo que estas reuniones eran impropias de este sitio, se dijo, y por cierto en un papel que tiene algún mérito, pero en un artículo que tiene muy poco (*grandes risas*), en un papel que se llama *La Verdad Económica*, como si fuese dado al hombre fallar tan magistralmente, ó como si hubiese más de un Padre Santo (*risas*); se dijo, repito, en este papel que se llama *La Verdad*, y que precisamente es todo lo contrario, que estas reuniones tenían grandes peligros, porque trabajamos en pro de las ideas democráticas. Ya he hablado de este punto, y por lo tanto no volveré á él; pero no deja de ser una cosa singular, que los que pretenden que no hablemos, busquen su apoyo en calumnias tan groseras. Por lo demás, peligros envuelven estas reuniones y peligros grandes, inminentes, pero solamente para vosotros, para los que medrais á costa del bien público. (*Bien, muy bien.*)

Mucho puede, señores, el interés egoísta; mucho puede la ignorancia. El interés se desconoce á sí mismo. ¡Cuántos honrados padres de familia con mujer é hijos, á quienes mantienen con productos que les da una fábrica, cuántos llenos de amor á su familia y á su patria llegan á alucinarse hasta el punto de exclamar: «de tales principios, ¿cómo han de nacer buenas consecuencias? ¿Cómo he de ser yo buen padre si no trabajo?» ¡Cuántos alucinados por este principio piden el daño general, aunque con pensamientos y afectos dignos de alabanza! ¡Cuántos, creyendo que se van á arruinar, no ven que están arruinando hace tiempo á los demás!

De ahí nace esa atmósfera especial que se ha creado en cier-

tas provincias, particularmente conocidas por su grande laboriosidad. ¿Cómo es posible que en esas provincias se crea que es interés de todos el que predomine el sistema protector? No todos los catalanes, por ejemplo, tienen interés en la protección á favor de los fabricantes. También en Cataluña son más los consumidores que los productores. Por otra parte, si como se dice, va adelantando considerablemente la industria catalana, ¿qué tiene que temer del libre-cambio? Los que son activos y diligentes convéncense de que el libre-cambio es el mayor estímulo para el trabajo, y de que este es más fijo, es más seguro, es más permanente cuando se apoya en la competencia, y huye de las veleidades y caprichos del proteccionismo.

Que en vez de maldecir á Inglaterra, se miren constantemente en su espejo. Inglaterra que temia que su industria agrícola desapareciese, se convenció de que nada habia que temer, al considerar los grandes adelantamientos que merced á esta medida experimentó la agricultura. Los abonos se multiplicaron; los hombres se dedicaron á mejorar los campos; los intereses agrícolas se despertaron de repente, y así como antes la Inglaterra habia descuidado sus campos, convierte á ellos toda su atención, resultando de aquí lo que no podia menos de resultar: en vez de detrimento favor; en vez de disminucion aumento.

La libertad bien entendida, así como es una palabra seductora por la noble idea que representa, es además útil y benéfica por los grandes bienes que produce. He tratado, pues, señores, de aplicarla al gran principio de los cambios, porque es principio de todo punto necesario. ¡Ojalá que al acabarse estas conferencias haya muchas conversiones, y sobre todo, tenga muchos neófitos la Economía política! Casi todos entre las turbas eran hasta ahora, no herejes, sino hombres incrédulos, ajenos á las nociones económicas. Lleguen nuestras ideas hasta ellos, y nuestro triunfo es seguro. Hay que temer alguna resistencia, pero esta es la señal del bien que vamos á producir. El letargo es uno de los síntomas más temibles; el enfermo que se queja horriblemente de su mal, está mejor que aquel que no siente el mal que le devora. Pues bien, señores, el pueblo español, la generalidad del pueblo español, apenas habia oido hablar de la doctrina que nosotros predicamos. Oiga ahora lo que le decimos.

En hora buena los intereses bastardos logren poner obstáculos en nuestro camino. Santa causa es la que defendemos : el bien general nos guía : valientes campeones pelean bajo la bandera que hoy han puesto en mis manos, y digna y noblemente sabrán tremolarla, así el que pretende dar al Poder gran fuerza y autoridad, como el que intenta mermar sus atribuciones, tirando unos y otros á la aplicacion de la justicia y á proporcionar á todo interés legítimo igual seguridad, que es en lo que consiste la proteccion verdadera, la universal, la provechosa. (*Aplausos generales y prolongados.*)

